

americanos y en los innumerables campamentos españoles diseminados por el ancho mundo. Títulos por demás sugerentes y aleccionadores, ya que muestran a las claras el nivel cultural de aquellos hombres aficionados al Dante, San Agustín, Virgilio, El Ariosto, Sócrates, Boccaccio o Maquiavelo y capaces de escribir con elegancia -dejando al lado la espada- “Crónicas” y “Relaciones” que son, en tantos casos, verdaderos monumentos del lenguaje. (Da que pensar, en otro aspecto, el descubrimiento de que el santo Oficio tuvo acaso, en temas culturales, más ancha la manga crítica de lo que generalmente se ha llegado a creer. Permitir a cielo abierto las representaciones populares de obras en el fondo tan comprometidas como “Fuenteovejuna” y “El Alcalde de Zalamea”, ya despierta en nosotros ciertas dudas).

Así como los estamentos ciudadanos percibían a diario el imponente influjo de este protagonismo y aspiraban también la misma atmósfera (con la proliferación en todos los dominios españoles de universidades, colegios, bibliotecas y el refrendo popular que significaban los numerosos corrales de comedias) la población campesina, salvo en lugares muy concretos de nuestra geografía, no se hallaba en modo alguno desconectada de los acontecimientos, sintiéndose partícipe de la empresa común. En los medios rurales que tan profundamente demuestra conocer el autor del Quijote no es posible, en justicia, situar la figura -ni siquiera retórica- del “siervo de la gleba” que aún prevalecía en ilustres países europeos doscientos años después. Económica y socialmente, la nación heredera del “Fuero Juzgo” y “Las Siete Partidas”, los Gremios Artesanales y el ordenamiento jurídico más antiguo y avanzado del mundo (y en la que tuvo su cuna -con el “Derecho de Gentes”- el moderno Derecho Internacional) no establecía entre sus moradores más signos diferenciales o clasistas que los reconocidos comunmente en la época. También en esto se ha hecho especial incapié, como si la España de Cervantes y Felipe II hubiera estado obligada a dar un salto en la Historia para vivir en el terreno sociológico un tiempo que no era el suyo. Tratar de dirimir racionalmente, con criterios actuales, la la razón o sinrazón de aquellas estructuras sería un contrasentido. La historia no se discute. Se tiene o no se tiene. El único planteamiento válido para determinar el grado de elevación de una cultura o de una sociedad es comparándola con otra de su tiempo. La Historia comparada nos explica harto elocuentemente la razón de que España y la cultura española, cargada entre otras cosas de humanismo, lograse el rango de primera potencia que asumió, hasta el desastre final, durante



más de quinientos años. La gran empresa española no excluyó socialmente a los humildes del palmarés a que fueron acreedores. Por el contrario, tuvieron opciones que no vemos repetirse en Europa hasta el siglo XIX, con la subida al trono de Napoleón Bonaparte. Las gestas españolas de aquel tiempo, religiosas, civiles y militares, están repletas de celebradas personalidades que accedieron a cotas preeminentes desde estratos sociales muy modestos. Mondragón y Verdugo, los famosos coroneles que protagonizaron la todavía no superada hazaña de “los pasos de mar”, tan distinguidos con la estrecha amistad del Duque de Alba, se preciaban de haber tenido por cuna “el santo suelo”. Jerónimo Verdugo, hijo natural de una mondonguera de “Las Tenerías” talaveranas, llegó a ser Gobernador General del Luxemburgo y casó con la hija de aquel Conde, Pedro Ernesto de Mansfeldt. Cristóbal de Mondragón, nombrado Gobernador de Amberes, tuvo por esposa a Guillemette de Chastelet, sobrina de los Duques de Lorena, de la Casa Real de Francia. Otro dato, aún más importante, es que ambos están incluidos en el viejo “Catálogo de Autoridades de la Lengua”.

La sociedad española que conoció Cervantes se identifica por la esencia que trasciende de su universal Quijote, que es no sólo la primera gran novela del Renacimiento sino el primero de los libros de costumbres. En “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha” nada escapa a la genial introspección de su autor. Ningún ambiente es pasado por alto. Como en un fabuloso calidoscopio, nos es dado presenciar las imágenes costumbristas de aquella afable y desconocida España evolucionando en los más variados escenarios. Toda la vida española se encuentra